

Reflexiones económico-literarias. Taboada
y Stinde.
("La Época", Madrid,
15 febrero 1899)

REFLEXIONES ECONOMICO-LITERARIAS

TABOADA Y STINDE

Leyendo no ha mucho la célebre novela de Julio Stinde, *Die Familie Buchholz*, me vi llevado á comparar este narrador de la vida cursi de Berlín con nuestro Taboada. Y como fruto de tal comparación, saqué el de que creyendo yo á Taboada con más felices disposiciones nativas, con más gracia espontánea y con más potente instinto del ridículo que el popularísimo humorista alemán, me resultaba la obra de éste más madura y más fina, por revelar una cultura mucho mayor.

Para ningún género literario creo que se necesita mayor cultura y más extensa que para el género jocoso ó humorístico, si han de ser sus obras duraderas.

Los contrastes de donde brota el chiste se multiplican á nuestros ojos, cuando mediante una investigación científica descubrimos entre los objetos relaciones ocultas á los ojos del vulgo. El talento estriba en hacer palpables tales contrastes, sin que trascienda el autor de su averiguación en reducidos á carne, porque en ninguna parte más que en el género jocoso resulta insoportable la pedantería.

Por mi parte, no puedo atravesar esas gracias á martillo en que se ve extracto de revistas y desperdicios de erudición á medio digerir.

Es, por otra parte, un error el de creer que la vasta cultura quite espontaneidad y frescura á la gracia. Los grandes burlones, Rabelais, Quevedo, Voltaire, Swift, Heine, etc., se han contado entre los hombres más cultos de su tiempo.

«Si Taboada tuviese más cultura—me decía,—si dispusiera de tiempo y calma para observar con lentes de distintas formas y colores, y no á simple vista siempre, ¡cuánto más no nos haría reír! Si manejara el microscopio y hasta el espectroscopio social! Todos los que le leemos nos quejamos, sin dejar por ello de leerle, de cierta monotonía en sus escritos, de la repetición de los mismos tipos y de análogas situaciones, cuando algún suceso de bulto, como los anuncios de revolución en Portugal, no le inspiran algún artículo de los saludísimos y llenos de gracia inevitable. Si en vez de esperar á que grandes cambios en nuestra vida, tan profundamente monótona, le renueven la musa de lo grotesco, viajara, estudiara, variase de ambiente y de anteojos, si procurase ver nuevas caras en lo de todos los días, ¡qué no haría!»



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.U.S.A.L.E.S

A tal punto de mis reflexiones llegaba, cuando me saltó á la vista lo que se lee debajo del título de la novela de Stinde. *Zweihundachtzigste Auflage*, es decir, octogésima segunda edición.»

— ¡Edición 82 — me dije: — he aquí la solución!

Julio Stinde obtuvo tal éxito con su *Familia de Buchholz*, que escribió una segunda parte, que en 1897 llegaba á la edición 57.^a; otra sobre Guillermina, una de las herofinas, 41 ediciones; unas *Memorias de Guillermina Buchholz*, 15; *Los Buchholz en Italia*, 55; *Los Buchholz en Oriente*, 30, y otra obra más, *El viaje de novios de Pienchen*, 15. Es decir, que en 1897 las siete obras que llevaba dedicadas á la familia cursi le sumaban 295 ediciones!

He aquí la solución, me dije. Si Stinde, disponiendo á mi juicio de facultades nativas inferiores á las de Taboada, le supera, gracias á su cultura, y halla más novedad para sus gracias, es porque puede hacer 82 ediciones de un libro y tiene público que se las compre. Es nuestra mayor pobreza y nuestra menor cultura lo que hace más pobre, y por más pobre, menos culto á Taboada.

La literatura, como todo, está sujeta á la ley de la oferta y la demanda. Por bueno que un género sea, se perderá y habrá que renunciar á producirlo si no hay público suficiente para consumirlo de modo que remunerere al autor.

Para poder vivir decorosamente de la pluma, necesita Taboada escribir á diario á troche y moche, sacando las cosas de quicio, y por fuerza tiene que repetirse. Si pudiese contar con éxitos de librería como el de *La familia Buchholz*, es de presumir que se tomaría tiempo para pensar su obra, ó, mejor dicho, que la habría pensado. Y digo esto, porque el género que Stinde y Taboada cultivan, requiere cultura previa de que brote espontáneamente la obra, más que estudio, enderezado directamente á producirla. El escritor burlesco ha de escribir más que otros *porque* ha visto lo ridículo, en vez de mirar lo ridículo *para* escribirlo. Pero es casi seguro que si hoy Taboada pudiese modificar sus hábitos y amasarse una cultura, perdería en público, en ganancias y hasta en gracia.

Durante siglos la literatura no ha sido medio directo de vivir. Del conde de Lemos, más que del público, vivió Cervantes. Eran las letras fruto de los ocios de nobles ó labor de gentes que vivían de otra cosa. La literatura, como profesión de qué comer, es cosa muy reciente, y muy reciente, por lo tanto, cuanto á propiedad literaria se refiere. Si Horacio ó Virgilio hubiesen vivido de público que comprase sus producciones y no de sus rentas ó las de Mecenas, habrían los romanos legislado sobre propiedad literaria con tanta sufi-



leza como sobre la territorial, y eso de *Carro Vargas* podría resolverse acaso por las Institutas. Pero no fué así.

Y todavía no hemos entrado por completo en la nueva era. Aquí en España la literatura es uno de los modos de vivir que no da directamente para vivir. Al literato se le paga por carambola, y por eso languidecen las letras. Si Núñez de Arce pudiese vivir de sus poemas como algunos grandes poetas ingleses, no habría tenido que ser ministro ni que meterse en el Banco Hipotecario. Si á Pérez Galdós le diese cada novela lo que á Hall Caine, cuya última obra, *The Christian*, representa una fortuna, podría tomarse los tres ó más años que el gran novelista inglés emplea en pensar y trabajar sus obras.

Pero aquí es limitadísimo el público que lee; en ciertos géneros casi se reduce á los mismos que escriben, de modo que haya cien escritores que hagan tiradas de cien ejemplares para cambiarlos entre sí.

Resulta además que hay libros que se compran y no se leen, y otros que se leen y no se compran, dedicándose los editores, como es natural, á los primeros. Hay que hacer público que lea lo que compra para que compre lo que lea.

Al interesante fenómeno citado, que tiene no poco de paradójico, he de volver.

Y como aquí la literatura es un mediano oficio, medidos no pocos literatos á políticos, resultan tan mal en uno como en otro aspecto.

Yo no sé qué resultado daría una publicación periódica que se propusiese pagar, y pagar bien, los trabajos en ella insertos; pero lo que sí sé es que una de las causas de la desesperante ramplonería de nuestra prensa es que, ó no paga, ó paga mal, por crear el negocio ruinoso. Está muy arraigada la idea—tan fatal para nuestra industria—de que rinde más el empeorar el género para abaratarlo, que el mejorarlo aunque por el pronto encarezca.

Los que se interesan por el porvenir económico de nuestra producción nacional, incluso la literatura, tienen que convenirse de que para lograr su propósito han de crear necesidades.

Y como es mucho lo que se me ocurre respecto á la literatura en cuanto industria, á la acción y reacción recíprocas entre la economía y la estética, al hecho de que sea el teatro lo más productivo y florezca en él el género chico, y á otra porción de puntos con éstos relacionados, suspendo aquí por hoy las reflexiones económico-literarias que arrancaron de mi comparación entre Taboada y Stinde.

MIGUEL DE UNAMUNO.



VNIVERSIDAD
DE SALAMANCA

GREDO.S.USALES